

LEIF DAVIDSEN

El enemigo en el espejo



El enemigo en el espejo

LIBROS DEL FONDO
International **Bestsellers**

Leif Davidsen

El enemigo en el espejo

Traducción de Sergio Torremocha



Primera edición: junio de 2016

Título original: *Fjenden i spejlet* (2004)

Esta obra ha sido negociada por medio de Leonhardt & Høier Literary Agency A/S

© Lindhardt og Ringhof, 2004, 2016

© Leif Davidsen, 2004, 2016

© de la traducción: Sergio Torremocha, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-945526-1-8

Dep. Legal: M-19983-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *La reproducción prohibida*, © Gian Luca Luisi, 2016

Producción gráfica: GOHEGRAF

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El enemigo en el espejo

—Sin duda algún enemigo la estará persiguiendo —dijo el Rey
sin siquiera volverse—. Este bosque está infestado de ellos.
—Pero ¿no debería ir corriendo a ayudarla? —preguntó Alicia
muy sorprendida de que se lo tomara con tanta calma.
—No vale la pena; no serviría de nada —se excusó el Rey—.
Corre tan veloz que sería como intentar atrapar un cohete.

LEWIS CARROLL
AL OTRO LADO DEL ESPEJO

Primera parte
DEATH VALLEY

*Vengo ahora por ti, temerario —dijo el Señor de los ejércitos—.
Ha llegado tu última hora, la hora del castigo.*

EL LIBRO DE JEREMÍAS, cap. 50, v. 31

EL QUE EN OTROS TIEMPOS se hacía llamar Vuk percibía el olor de dos de ellos y sabía que los tres restantes se acercarían lentamente por su izquierda. Podía oler el humo acre del cigarrillo que impregnaba la ropa del japonés de más edad, el hombre de nombre difícil y que no entendía nada de inglés. Iba acompañado por ese joven de dientes grandes y hombros estrechos, que sonreía siempre. En el inglés que hablaban, las erres se convertían en eles, lo cual era habitual entre los japoneses, tal y como había descubierto Vuk. Al principio, le costaba entenderlos, pero ahora ya se había acostumbrado. Aún era temprano y, sin embargo, el sol ya estaba muy alto en el cielo y la temperatura no paraba de subir. Sentía los rayos que le quemaban la espalda, pero permanecía estirado, perfectamente inmóvil, sujetando su arma sin apretarla, para evitar que la empuñadura de su pistola de cañón largo se volviera aceitosa y deslizante. Tenía el rostro pintarrajeado con colores

ocre y marrón, como el paisaje, y la visera de su gorra que le cubría la frente, de modo que el brillo de sus ojos azules permaneciera en la sombra. Respiraba con calma, regularmente, y escuchaba a sus enemigos intentando moverse silenciosos; aun así, sus ropas de camuflaje rozaban los guijarros de todos los tamaños que cubrían el desierto. Sus manos estaban húmedas de sudor, tanto por causa del calor en aumento como por su nerviosismo. Se estaban acercando. Habían logrado avanzar en la penumbra matutina, en la frontera que separa la noche del día, en el momento en que la oscuridad del desierto no era total, sino aterciopelada bajo el gran cielo estrellado y la media luna. Tendrían en torno a los cuarenta años, aunque con los asiáticos era difícil de saber. Uno de ellos llevaba gafas. En dos ocasiones Vuk había captado sobre ellas el reflejo del sol de levante. Una imprudencia por parte de ellos: al fin y al cabo, se notaba que eran aficionados. Habían esperado a que despuntara el día para acercarse a su escondite. No estaban lo suficientemente preparados para operar en la oscuridad, aunque sí para, al cabo de seis días, seguir sus huellas al alba y llegar tan cerca de él que hacían inevitable el enfrentamiento final. Él mismo había escogido el lugar. Esto le aseguraba muchas ventajas.

Vuk se llamaba ahora John Ericsson. Un nombre fácil y adecuado. Anónimo y muy corriente en los Estados Unidos. No lo eligió él personalmente. Era el nombre que figuraba en la *social security card* que llevaba en su bolsillo interior. Los oyó moverse otra vez. El viento cambió de dirección y el tufo a tabaco desapareció. Percibió el olor del desierto, porque el

frescor de la noche se evaporaba y la arena se volvía ardiente. Era un olor seco, mezclado con pequeños aromas a especias procedentes de quién sabe dónde. La temperatura se acercaba ya a los veinticinco grados.

Aunque ya había comenzado septiembre, Vuk sabía que podría alcanzar los cuarenta grados. En julio había visto la aguja roja del termómetro quedarse fija en la cifra más elevada, es decir, en los sesenta y cinco grados. Death Valley era, sin duda, uno de los lugares más calurosos del globo. Había bebido agua al amanecer y se sentía ligero, tanto mental como físicamente, mientras esperaba que lo encontraran y cayeran en su trampa. Seguramente ellos también habrían bebido, pero quizás no en cantidad suficiente. El calor seco del desierto confundía a la mayoría. No da la impresión de que estés sudando demasiado, lo cual es falso. Sin agua, te deshidratas y el cerebro empieza a hervir. «Impregna de agua cada molécula de tu cuerpo» era su propia consigna.

El desierto se extendía ante él. Se hallaba entre dos formaciones rocosas que se iban erosionando un poco en la parte superior. Ante sus ojos se abría un barranco ancho que se elevaba suavemente hasta su posición. Era posible rodear su parapeto avanzando por la derecha, junto a los matorrales espinosos de color grisáceo cuyos frutos de cáscara dura conservaban la humedad. Intentarían atacarlo por dos frentes distintos. Los tres que llegaban por su flanco izquierdo, con el japonés de más edad al mando, tenían orden de atacarlo de frente, mientras que el jefe y su lugarteniente, que hablaba en inglés, iban a ascender rodeando las rocas para atacarlo por la retaguardia.

Eso sucedería en menos de media hora. Ahora estaban situados tras el saliente de la roca, a medio centenar de metros de su posición. Por la manera en que lo habían alcanzado, entre las brumas grises del alba, dedujo que habían aprendido bastantes cosas. Aunque no pudiera decirse que estuvieran entre los mejores a los que se había enfrentado, tampoco podía decirse que fueran de los peores. Parecían soportar bien el calor y el cambio desde la jungla de cristal y acero que era su metrópoli a la naturaleza traicionera del desierto. Se habían conformado con sus raciones de alimento y de agua que ellos mismos habían podido transportar. Habían logrado dormir a cielo raso tras las caminatas caniculares que se habían visto obligados a recorrer para poder seguirlo. Estaban en buena forma.

A primera vista, el paisaje tal vez pareciera superficialmente homogéneo y aburrido, pero era una falsa apariencia. Lejos de semejar una pintura plana, era una paleta de color donde el calor ardiente transformaba las piedras y las rocas en formas que parecían bailar en una luz encantada. El desierto cambiaba sin cesar de carácter, e incluso en la arena seca se podían ver crecer algunas pequeñas plantas, excrecencias y animales que sobrevivían en las fallas y en las hendiduras, que encontraban agua en lugares que parecían no tenerla. Y los animales tenían la facultad de no comerse siempre todo lo que había; siempre dejaban algo para que la naturaleza estuviera en condiciones de regenerarse y seguir alimentándolos. Tanta sabiduría lo impresionaba. Aquella mañana, el desierto era ocre y amarillo. A lo lejos, colinas blancas que se elevaban, veladas por la calima. Los colores del paisaje recordaban los de una

pintura impresionista, y él se acordaba de haberse quedado anonado la primera vez que había visto flores creciendo por todas partes, en la arena, tras un chaparrón brusco y violento. El desierto había cambiado y la vida había emergido tan milagrosamente que Emma y él habían salido cogidos de la mano a caminar riendo como colegiales traviesos sobre esa súbita alfombra de flores. Por vez primera se habían sentido libres y confiados; habían hecho el amor sobre la arena y su pesadilla de apisonadora sangrienta había dejado de perseguirlo. Él ya no se despertaba aullando, bañado en sudor, mientras Emma le acariciaba los cabellos hablándole en serbocroata, la lengua prohibida que lo calmaba y lo consolaba, porque necesitaba oír la lengua reconfortante de su infancia para librarse de aquel horror. Esa lengua le recordaba que su madre, antaño, había vivido en un pequeño país junto al mar, cuya lengua y costumbres había adoptado como propias. Pero ese mundo y el otro, ese universo de guerra mucho más peligroso, habían quedado atrás. Emma y él habían resucitado. Nunca podrían regresar. Nunca se atreverían a solicitar un pasaporte. Eso, además, les importaba muy poco. Su vida ahora estaba allí, en Death Valley. Vuk se había convertido en John. Emma era Anna. Y los gemelos Cathy y Jonathan nunca debían escucharles hablar la lengua de los otros tiempos, ni a él ni a su madre. Se lo dijo con un tono de dureza desacostumbrada, cuando ella les habló dulcemente, en el hospital, la primera vez que los tuvo en sus brazos, por mucho que él mismo se sintiera en aquel instante desbordante de alegría y orgullo. La lengua materna de los gemelos era el inglés americano. La única

lengua que debían comprender. Ellos nunca verían la apisonadora sangrienta aplastando toda forma de vida a su paso. Su vida estaba a salvo de ataduras y traumas ocultos del pasado. Nacidos en un país que considerarían como el suyo, los otros países les parecerían extraños y curiosos. Les inventaría la historia de una familia que sería tan veraz como la realidad; una realidad que ellos nunca deberían conocer, porque esa realidad contenía el germen de su perdición.

Aquellos pensamientos eran peligrosos e inútiles. John se los sacudió. Tenía que hacer lo que fuera para mantenerse alejado de ellos. El pasado no existe si lo rechazas. El pasado se puede modelar a tu gusto en este país. Los Estados Unidos de América son un país sin pasado. Aquí la gente se muda de sitio, se crea una nueva vida y nadie pone en tela de juicio la historia que cuentas al llegar a este lugar. Estados Unidos es un país que juzga a las personas por su justo valor. Aquí, lejos de tu terruño, eres quien dices ser. Si haces bien tu labor, si temes y honras al Dios de los cristianos, si saludas a la bandera como un buen ciudadano, puedes considerarte uno de los nuestros. Lo que eras antes de llegar aquí, no se tendrá muy en cuenta. Somos un pueblo de caminantes y de inmigrantes. Venimos de todas partes. Fuimos algo distinto antes de ser estadounidenses, pero ahora todos formamos parte de este país que es el país de Dios. Otros nos tienen envidia, pero no los conocemos y no nos importan. Tenemos todo lo que necesitamos. Somos el pueblo elegido de Dios. Hazte tu propia vida y serás bienvenido.

Vuk pensaba esto en inglés. Cuando estaba despierto, controlaba las lenguas que sabía que podía controlar. Solo en

la oscuridad y en sus sueños se le escapaban las palabras prohibidas, esas que se introducían en su cabeza para generar sueños surrealistas, a menudo divertidos y agradables, pero otras veces malos y angustiosos. Afortunadamente, la apisonadora sangrienta no había regresado desde aquella mañana encantada, con el desierto lleno de flores.

Oyó de nuevo a los enemigos. Debía concentrarse en el ataque. Los tres hombres, en su flanco izquierdo, se acercaban; avanzaban como cangrejos a lo largo de la formación rocosa, mientras los otros habían iniciado una maniobra de tenaza que los situaría en diagonal, detrás de él, cuando los primeros comenzaran el asalto. Sabían dónde estaba él. Lo habían encontrado. Los había ayudado dejando huellas que incluso ellos podrían comprender, aunque no demasiado evidentes para que no sospecharan que él era quien los dirigía y no que ellos eran quienes descubrían y seguían su rastro. En última instancia, él mismo había elegido el lugar donde se produciría el último ajuste de cuentas. El desenlace, no obstante, no tenía resultado todavía. Era una cláusula implícita en el contrato. Apreció su prudencia. Su manera de arrastrarse para acercarse hasta él. Muy pronto, tendrían que levantarse para que él estuviera a su alcance. Simple cuestión de *timing*: tenían que estar lo suficientemente cerca para que no pudiera tocarles a todos cuando se desplegaran y se levantarán a una señal de su comandante mientras quitaban el seguro de sus armas. Una táctica antigua, archisabida pero eficaz. Conocían la precisión de sus disparos, pero calculaban que, por número, se alzarían finalmente con la victoria. Habría bajas, pero eso formaba

parte de los daños colaterales. Vuk pensó que no se habían dado cuenta de que él sabía exactamente dónde se hallaban.

La táctica que adoptaron resultó ser poco distinta a la que él había imaginado. Habían alcanzado la hilera de pitones de roca cuando los dos enemigos situados en su flanco izquierdo dieron un salto y se abalanzaron sobre él. Llevaban puesta ropa de camuflaje parda y amarilla. ¿Dónde estaban los otros? Dejó que se acercaran y solo disparó cuando estuvo completamente seguro de acertar. Una mancha roja se extendió sobre el pecho del japonés de la izquierda. Cayó. Dos disparos simultáneos resonaron en su dirección. Uno procedente de la izquierda, el otro, de la derecha. Estuvieron lejos de tocarlo. Rodó sobre sí mismo, se agachó, volvió a disparar y nuevamente pudo ver una mancha roja agrandándose en el pecho del segundo japonés que llegaba corriendo. Este también cayó. ¿Dónde estaban los otros? Se deslizó a lo largo de la pendiente pequeña y se arrodilló cuando vio a otro enemigo rodeando el pitón rocoso, de modo que pudo dispararle casi a quemarropa en el vientre. Cuando el japonés se sentó sobre sus posaderas, como un bebé que se deja caer al suelo, mostró una expresión desorientada y ligeramente cómica bajo su maquillaje de camuflaje.

John Ericsson se deslizaba como un cangrejo hacia la derecha. Aunque era grande y musculoso, avanzaba ligero y ágil, con su arma que apuntaba al suelo. Se encontró al cuarto enemigo en el preciso instante en que este se esforzaba en aplicar la misma táctica para sorprenderlo por detrás. Dispararon casi a la vez. John oyó silbar la bala junto a su oreja izquierda mien-

tras veía su propio disparo impactar en el centro del pecho del enemigo número cuatro. Comprendió entonces la táctica de ellos, aunque demasiado tarde; sin embargo, todo iba bien. Como tenía que ser. El jefe había seguido el mismo camino que los dos primeros, pero de noche; había permanecido sin mover una pestaña durante las dos últimas horas, esperando pacientemente. Ahora se hallaba justo sobre John, encaramado en lo alto del pequeño promontorio, y tenía campo libre para dispararle.

John se giró y disparó, aun sabiendo que era demasiado tarde, en el momento en que el cartucho de pintura explotaba en su hombro. Dejó caer su pistola y se deslizó sobre un costado encima de la arena gruesa mientras oía cómo aumentaba el volumen de las voces excitadas y las risas de los japoneses en el campo de batalla. Se quedó recostado, simulando estar muerto.

El japonés bajito bajó hasta él. Era el jefe de esa gran empresa cuyo nombre siempre se le olvidaba a John —también le costaba mucho distinguir a aquellos cinco hombres entre sí; por no hablar de sus nombres—. El japonés sonreía ampliamente y sus ojos brillaban de placer y de orgullo tras los cristales de sus gafas. Su indumentaria de camuflaje, costosa y bien cortada, parecía recién salida de una sastrería. Se quitó las gafas y el gorro para detenerse a dos pasos de John, que se incorporó y se quitó a su vez el gorro. El cabello del japonés era espeso y estaba afelpado por el polvo y la arena. El de John era rubio y lo llevaba cortado a cepillo alrededor de su cráneo perfecto. Tenía los párpados semicerrados bajo

el sol y se podían distinguir claramente unas arrugas finas, más aparentes que las que suelen mostrar por lo general los hombres apenas treintañeros.

El japonés se inclinó y John hizo otro tanto. Tal y como había aprendido, con las palmas de las manos reposando sobre sus muslos y los pies formando un ángulo poco abierto. Se inclinó algo más que su cliente, pero lo suficiente como para no perder nada de su respetabilidad o de su dignidad.

Los otros cuatro se le acercaron, se inclinaron ante él y John volvió a inclinarse igual que ellos. Luego se inclinaron sucesivamente ante su jefe, ante sus camaradas y, finalmente, todos juntos ante John, que les devolvió su flexión antes de que se embarcaran en el análisis apasionado del combate. Era la quinta vez que eran el cazador y la presa, y John se las había arreglado de manera que, en el transcurso de la acción, experimentarían la alegría y la subida de adrenalina que proporciona el acto de matar, obtenidas gracias a las *paintguns* modernas que les había enseñado a utilizar. Habían sido alternativamente sus aliados y sus enemigos, pero esta última mañana, la victoria y el homicidio pertenecían a quien había pagado mucho dinero por el privilegio de tener a John Ericsson como guía de supervivencia durante una semana en Death Valley, el valle temible, desértico y recalentado del Estado de California. El jefe hablaba en japonés y el joven traducía:

—John-san. Kujoyaki-san querría expresar su agradecimiento y su respeto por esta semana excepcional. Ha descubierto el desierto a través de los ojos de John-san.

—Ha sido un placer también para mí. Estar en el desierto con hombres del calibre de Kujoyaki-san y de sus compañeros ha sido un privilegio y un honor.

—El honor es nuestro, John-san.

—La forma en que Kujoyaki-san se deslizó detrás de mí y esperó pacientemente hasta que se hizo de día, como un lobo delante del río, es digna de un soldado. Me cogió por sorpresa.

Esperó la traducción y vio brillar el orgullo en los ojos negros del japonés mientras su rostro permanecía impassible.

—Es para mí un gran honor, John-san —tradujo el joven—. No es usted un hombre a quien se pueda coger fácilmente por sorpresa. Es capaz de desaparecer sin que nadie sepa dónde se halla, incluso en una llanura. Parece que siempre podrá salir adelante. Como el zorro que dispone de distintas escapatorias para huir.

—Kujoyaki-san honra a sus antepasados. Tiene que haber habido grandes samuráis en su familia.

El rostro del japonés se iluminó entonces con una pequeña sonrisa. Hizo una reverencia. John se inclinó, esta vez tanto como él, para dejar claro que en eso eran iguales, y Kujoyaki-san se inclinó de nuevo, y luego John dejó que los hombres siguieran felicitándose mutuamente en japonés.

John fue en busca de su mochila, distribuyó el agua asegurándose de que bebían bien, y después reagrupó sus armas, sus máscaras de protección y sus equipamientos de combate, de forma que solo llevaran puestas sus ropas, ligeras como plumas, para ir caminando hasta el vehículo. Y puesto que pagaban por ello, le parecía razonable que fuera él quien

transportara los fardos. Ya no eran guerreros, sino simples clientes que pagaban por un servicio.

No obstante, les hizo dar un rodeo. Era preferible que sintieran hasta el fin que la excursión había sido un cúmulo de acechanzas; por eso los condujo a marchas forzadas evitando el barranco y les hizo rodear una cresta lateral por la que no podrían ver, a lo lejos, la carretera negra que, saliendo del valle y atravesando las formaciones rocosas de un blanco inmaculado, llevaba al gran Chrysler. El vehículo los aguardaba a la sombra de un picacho rocoso. Era una caminata de menos de diez kilómetros, pero John mantuvo una buena cadencia, de tal modo que todos sudaban y estaban cansados cuando descubrieron el automóvil bajo la sombra de una baca, extendida seis días antes.

Los cinco japoneses se sentaron aliviados a la sombra y bebieron agua fría que John fue a buscar dentro del coche, donde había una nevera conectada a una batería. Recogió la baca, atiborró su mochila de cosas, encendió el motor, conectó la climatización y se puso en marcha hacia el lugar donde hicieron la última acampada. Dejó el motor al ralentí para que el aire acondicionado siguiera refrescando mientras desmontaba el campamento, se aseguraba de que el fuego estaba apagado y enterraba las basuras. Metió las cosas de los japoneses en el maletero, echó una ojeada circular y cerró la puerta al calor invasivo.

El joven japonés que hablaba en inglés le preguntó:

—¿Qué día es hoy, John-san? Hemos perdido toda noción del tiempo.

John se puso a reflexionar y volvió a ver el contrato con el pensamiento:

—Hoy es martes 11 de septiembre.

El japonés tradujo, el jefe dijo algo y todos empezaron a reír.

—¿Qué les resulta tan divertido? —inquirió John.

—Discúlpeme. Kujoyaki-san dice que mientras estemos en el desierto, la fecha no tiene importancia alguna. Ahora regresamos al mundo. Esto es muy raro. Tal vez porque nuestras experiencias nos han transformado, pero... ¿y el mundo? El mundo sigue siendo como siempre fue. Eso es lo que resulta tan extraño, John-san.